

# *El mendigo de sonrisas\**

*Paula López Calle*



\* Relato ganador del primer premio de relato corto Gabino Teira, del Club Rotario de Torrelavega, en la categoría de 14-15 años.

## *El mendigo de sonrisas*

*Móstar, 10 Diciembre 1995*

Era una mañana fría. Diciembre acababa de barrer las calles con su manto blanco y desde mi ventana no se veía ni un alma. El reloj de la pared marcaba las siete menos veinte de la mañana, el sol aún no dejaba ver sus perezosos rayos invernales entre los tejados de las casas y la peligrosa desidia me ataba una vez más a la cama. Miré a través de los cristales empañados, mientras observaba las gotas de agua resbalar por ellos.

Mis ojos se dirigieron al otro lado de la pequeña habitación. Sobre una silla descansaba mi viejo y desgastado vestido de terciopelo verde y, junto a él, varios patrones y pedazos de tela rosa formando una torre burlaban la caída al borde de la mesa. Tomé esto como un mensaje de ánimo y conseguí deshacerme de las pesadas sábanas que me anclaban al calor de la cama. Tras un largo rato, y no sin esfuerzo, decidí enfrentarme al frío inclemente y al rutinario y tedioso trabajo que me esperaba. Me vestí y me dirigí dando traspiés al diminuto cuarto de baño. Sumergí mis pálidas y castigadas manos bajo el agua y dejé que resbalara por mi cara. Mis ojos buscaron su reflejo en el pequeño y renegrido espejo. Mi tez blanca era hoy casi transparente y las oscuras sombras bajo mis ojos ponían en evidencia el cansancio que arrastraba mi cuerpo desde hacía ya varios años. Las gotas rodaron por mis mejillas y por mis labios gruesos y agrietados. Mi madre solía decir que era hermosa, y tal vez lo hubiese sido en algún momento, pero los largos años de trabajo y hambre habían apagado cualquier resquicio de belleza que pudiera quedar en mi cuerpo. No estaba demasiado delgada, pero las reducidas porciones de comida que me podía permitir hacían que mi vestido pareciera más grande cada día. Pronto el fuerte olor a café inundó la habitación.

Finalmente, me dispuse a bajar las estrechas escaleras hacia el taller. Eran las siete y veinte y como de costumbre, fui la primera en hacer crujir el suelo bajo mis pies. Todo estaba cubierto por la fría neblina de la mañana y una extraña e inquietante luz inundaba el espacio. Abrí las cortinas para permitir que el sol bañase con sus escasos rayos el viejo taller. Una nube de polvo dormía aún sobre las mesas. Mis ojos pasaron por toda la estancia vislumbrando entre luces y

*El mendigo de sonrisas (relato corto)*

sombras las telas sin brillo y los vestidos a medio hacer. Aún siento escalofríos al recordarlo.

Sin más demora, abrí la puerta del taller a las siete y media de la mañana exactamente y me puse a trabajar de inmediato.

Después de un rato comenzaron a llegar las demás.

Nuestras manos, llenas de heridas y pinchazos, se movían con la soltura que proporcionan largos años de experiencia, surcando la tela con las agujas, bordando y tejiendo sin descanso. Así, las largas horas pasaban sin apenas detenerse, y aunque cansado, el trabajo resultaba de alguna forma útil para evadirnos de los problemas. El tiempo parecía pasar más rápido y tener las mentes ocupadas nos ayudaba a esquivar los horribles recuerdos que, como bombas, la guerra había dejado caer sobre todas nosotras. Entonces, ya pasado el conflicto, quedaba por librar la peor batalla. Aún creo escuchar el lejano sonido de las explosiones y los gritos de terror que inundaban el aire. Ahora, la ciudad estaba en paz. En una desoladora paz que había traído tanto sufrimiento y dolor como la guerra. La ciudad estaba en paz, pero el aire apestaba a cadáver, la gente sufría y moría de hambre. Las calles estaban sucias, los edificios derruidos por los bombardeos llenaban el suelo de escombros y el olor a sangre bañaba cada esquina.

\* \* \*

*Móstar, 24 Diciembre 1995*

Víspera de Navidad y mi día había resultado tan monótono como de costumbre. Excepto porque habíamos salido algo antes del trabajo, todo había sido igual. Aunque este año, a diferencia de los otros, tenía bastante claro que nadie lograría contagiarme la más mínima chispa de alegría. Eran tan sólo las ocho de la tarde, y mis pies se decantaron por dirigirse hacia las puertas. En cuanto las abrí, una bocanada de realidad disuelta en un aire helado acarició mi rostro y se llevó con él todo pensamiento que rondara en mi cabeza. Di un paso y me enfrenté al aire congelado de diciembre, cargado de incertidumbre. La fría y mullida nieve cubría las calles destrozadas, y un espeso polvo flotaba en el ambiente. Todo estaba empapado del desolador silencio con el que sólo las sombras se atrevían a mezclarse. Mis respiraciones agitadas exhalaban nubes cargadas de recelo que se alzaban hasta diluirse en el cielo negro, sembrando allí mis miedos.

*El mendigo de sonrisas (relato corto)*

Mi larga caminata me llevó hasta el puente Stari Most que atravesaba el río Neretva. Era el más antiguo, fue destruido durante la guerra y había sido reconstruido ese mismo año. Hacía mucho tiempo que no caminaba hasta aquella zona de la ciudad pues, en verdad, el trabajo y el temor a salir de casa en esos años me habían robado hasta el último segundo de mi tiempo, y hasta mi último aliento. Cada día que pasaba sentía como algo se apagaba dentro de mí. Tal vez era la vida, o simplemente las ganas de vivirla. El hambre, la pobreza y la miseria habían saqueado la ciudad, y nadie tenía ya fuerzas para declararles de nuevo la guerra.

Así, sumida por completo en mis pensamientos y sin apenas darme cuenta, me hallé al otro lado del puente conversando con mis propias ideas. Me sentí desamparada en esa batalla que me había tocado librar y para la que no tenía suficientes fuerzas. Estaba allí sola, rodeada de frío y de las negras fauces del cielo. La nieve se hundía bajo mis pies y la brisa helada mecía mi negro cabello.

Permanecí quieta largo rato, mirando cómo el río lloraba lágrimas de plata por la vieja ciudad de Móstar. Inspiré el aire frío profundamente. Me disponía a marcharme ya cuando de pronto algo llamó mi atención...

-Feliz Navidad. -Una voz ronca y seca emergió de las sombras para llegar a mis oídos. Mi corazón comenzó a latir fuertemente cuando me giré para intuir la silueta de un anciano sentado en un banco.

-¿C... Cómo dice? ¿Me... Me habla a mí? -Logré articular.

-He dicho feliz Navidad, señorita. -Contestó el hombre. -Claro que le hablo a usted, ¿a quién si no?

-B...Bueno...Igualmente. -A penas podía hablar por la impresión y el miedo que recorrían mi cuerpo. Un incómodo silencio inundó la escena. Estaba a punto de salir corriendo cuando aquella sombra volvió a hablarme.

-Vamos acérquese. Aunque tenga hambre, no voy a comerla. -Comentó, después de un rato.

-Esto... Yo, si no le importa, ya me iba. Es tarde. -Argumenté, ya casi aterrorizada. El hambre y la pobreza había llevado a muchos al robo, y a la locura a otros. No portaba nada de valor, ni tan siquiera mi vida valía mucho por aquel entonces, pero no podía estar segura de las intenciones de un extraño. Aún no logro explicarme muy bien por qué, pero algo me llevó a confiar en aquel hombre. Sentía que su voz estaba colmada de bondad, y el fuego comenzó a arder en mi pecho. Algo extraño había en esa figura que me hablaba desde las sombras; algo

*El mendigo de sonrisas (relato corto)*

a lo que jamás le estaré lo suficientemente agradecida de haber encontrado esa noche. Mi sorpresa fue aún mayor al encontrar incluso simpatía en sus palabras.

-¡Oh, venga ya! -Exclamó en tono de disgusto.- ¿De verdad no tiene unos minutos para entretener a este pobre viejo? Permítame que le diga una cosa. -Ante mi silencio, susurró una risa y continuó.- No creo que estando aquí sola a alta horas de la noche de veras considere la inminente necesidad de marcharse, ¿o sí?- Este comentario resultó demostrar tal astucia por parte del anciano, que realmente despertó mi curiosidad. Dudé unos segundos pero decidí acercarme, aunque no sin recelo. No hizo falta pues, ninguna otra respuesta a su pregunta.

-Y bien, ¿se puede saber qué hace usted por aquí? Es tarde para caminar sola por esta zona de la ciudad. -Inquirió en tono amistoso.

-Oh... Nada, en realidad. Sólo paseaba.

-Hace una buena noche para despejar la mente. -Su mirada se perdió en el vacío de la noche, escrutando el horizonte. Tenía el ceño fruncido, una expresión a caballo entre la preocupación y la nostalgia. Profundas arrugas surcaban sus castigadas facciones.

-¿Está bien? -Pregunté, sin estar muy segura de lo que significaba ya para mí esa palabra.

-Supongo que estaría peor con dolor de muelas. -Esa risa volvió a brotar de sus labios. Hasta entonces, desde que logro recordar, nunca alguien había dejado de compadecerse de sus propias penas. Aquel era el primer hombre que, a pesar de la situación, no parecía derrotado por ella.- ¿Sabe? Hay un antiguo proverbio que dice que nuestros padres nos enseñan a hablar, y el mundo se encarga de enseñarnos a callar. Larga experiencia tengo para asegurarle la franqueza de eso, señorita. -Hizo una pequeña pausa y continuó.- Además, nunca he considerado correcto apiadarse de las penas que le aquejan a uno mismo. Nadie debería querer parecer débil frente a otros; a veces la mentira es justa cuando oculta una verdad dolorosa. -Su forma cercana de hablar hacía que pareciéramos conocernos desde hacía largos años, y consiguió que pronto sintiera cierto cariño hacia aquel pobre hombre. Tras largo rato de conversación, llegué a descubrir que había luchado en el frente durante la guerra contra el asedio del ejército yugoslavo. Había perdido a su mujer y sus dos hijas durante este tiempo y había sido expulsado de su hogar, como tantas otras familias de la parte occidental de la ciudad. Él se encontraba desamparado, con tan solo horribles recuerdos a los que aferrarse.

*El mendigo de sonrisas (relato corto)*

-Pero aquí, al menos me queda una cosa que nadie, por miserable que su vida sea, debería perder jamás... Aún me queda la ilusión, ¿comprende? Eso es lo único que nos hace seguir vivos.

Yo, sin poder evitarlo, sonreí.

\* \* \*

*Móstar, 25 Diciembre 1995*

Esa mañana me desperté más tarde que nunca. Me tranquilicé al recordar que era sábado y me dejé caer de nuevo en la cama. La pasada noche apenas había podido dormir; ese hombre no salía de mi cabeza. Decidí, no sin pensarlo infinitas veces, acudir de nuevo al puente donde lo había encontrado la otra noche. Necesitaba volver a verlo. Me apresuré escaleras abajo y mis pies pusieron rumbo a la tenebrosa calle. Caminé hasta el viejo puente, tratando en mi trayecto acelerado de no resbalar con la densa nieve que cubría el suelo. Cuando estuve al otro lado, me dirigí hasta el banco de la esquina, donde lo había visto por primera y única vez. Pero él no estaba allí. Sentí un golpe de aire helado al encontrar el banco vacío, pero decidí sentarme y esperar su regreso.

Calculé que llevaría media hora esperando, cuando una sombra comenzó a intuirse entre la bruma espesa que descansaba sobre la ciudad. Se acercó a mí y, cuando estuvo lo suficientemente cerca como para verme bien, la sonrisa del día anterior apareció como por arte de magia en los rostros de ambos.

-Vaya, vaya. Buenos días, señorita.- Me saludó alegre.

-Buenos días.-Dije yo, levantándome del banco. En ese momento me dí cuenta de que ni siquiera había tenido tiempo de preguntarle su nombre.

-Llámeme Oskar. ¿Cuál es el suyo?- Dijo, adivinando mi pregunta.

-Soy Anastasia.

-Anastasia...-Repitió en tono soñador y melancólico, dejándose caer en el banco.- Mi querida Anastasia... -Su expresión era lejana, y parecía aturdido. Comencé a preocuparme y me senté a su lado.

-¿Se encuentra bien?

-Mi... mi hija... -Conseguí entender. -Mi querida hija Anastasia...-Dijo finalmente entre sollozos y lamentos. Sentí que el alma se me caía a los pies. Quise pensar que por eso, desde el principio surgió entre nosotros un vínculo tan especial.

*El mendigo de sonrisas (relato corto)*

De pronto, toda la fortaleza que ese hombre había aparentado poseer, pareció desplomarse ante el lejano y doloroso recuerdo de su hija.

-Lo... lo siento mucho. -Agarré su mano, y esperé a que su silencioso llanto cesara. Y, en efecto, las lágrimas lo hicieron. Pero yo sabía que por dentro, el dolor era aún más fuerte.

-No tiene que sentirlo. Tiene un nombre precioso... Y me alegro de haberla conocido. -Esa cariñosa sonrisa que siempre ocupaba sus finos y agrietados labios, salió a flote de nuevo tras la tormenta.

-Es usted muy fuerte, Oskar. -Miré fijamente sus ojos color aceituna, y creí ahogarme en ellos. Eran tan transparentes que dejaban ver todo su dolor, y a la vez tan opacos que conseguían ocultarlo. En ese momento, tuve una idea. Él había conseguido arrancarme una sonrisa sincera. La primera en mucho, mucho tiempo, y sabía que podría hacerlo con todo el mundo. Recordé la vieja cámara fotográfica que mi padre me había regalado hacía ya muchos años. -Venga a mi casa. No tengo gran cosa que ofrecerle, pero tengo una pequeña estufa.

-¿Cómo dice? No quiero ser desagradecido, y le aseguro que suena tentador, pero no puedo causarle más molestias.

-En absoluto. Tengo algo para usted y quiero que me acompañe, Oskar.

Cuando al fin conseguí convencer a aquel buen hombre, y hubimos llegado a mi casa, encendido la estufa, y servido un poco de vino caliente, decidí buscar la cámara en el desván.

-Espere aquí, no tardaré.

Volví al cabo de unos minutos, con la vieja cámara envuelta en un paño. Me senté de nuevo en la pequeña mesa frente al hombre, y le tendí el paquete.

-Tenga. Feliz Navidad.-Susurré, posándolo frente a él. Me miró atónito, envuelto en la raída manta que yo le había proporcionado, aferrado a su vaso de vino con una expresión tan inocente y humilde, que de pronto sentí lástima. -Vamos, ábralo ¿A qué espera? -Añadí al ver que no acertaba a reaccionar.

Por fin, sorbió un trago de vino y posó su vaso despacio. Alargó sus enjutas y arrugadas manos hacia el envoltorio y, como absorto, comenzó a retirar el trapo. Al ver la cámara, sus ojos se abrieron aún más, y permaneció un buen rato observándola, con la mirada fija. Finalmente, lo volvió a dejar sobre la mesa y sus ojos buscaron los míos.

-No puedo aceptarlo, Anastasia.

*El mendigo de sonrisas (relato corto)*

-Por supuesto que puede.

-No, no puedo. Y no lo haré. Es más, creo que ya le he ocasionado suficientes problemas. Me iré ya. -Dijo levantándose de la silla. Pero yo le detuve a tiempo, e hice que se sentara de nuevo.

-¡Por favor, no se vaya aún! Debe quedarse la cámara. -Me agaché a su lado, mirando con expresión suplicante.

-Pero no puedo aceptar un regalo de tal magnitud, lo comprenderá usted. ¿A qué se debe? Además, yo no tengo nada que ofrecerle, y no estaría bien recibir un regalo de su parte sin nada que darle a cambio, señorita.

-Se equivoca, Oskar. -Su expresión de extrañeza me llevó a continuar la frase, y me alegré de que decidiera escucharme. -En efecto, se equivoca usted enormemente.-Agarré su mano entre las mías.- Me ha hecho el regalo más valioso que cualquier persona pueda desear; ha despertado la poca ilusión que quedaba en un remoto rincón de mi alma, y la ha hecho más fuerte... Más brillante. Ese es el regalo máspreciado, Oskar. Usted me ha hecho volver a sonreír como hacía años que nadie lo conseguía. -El silencio invadió la sala, denso e impenetrable. Un escalofrío recorrió mi espalda. -Vamos, cójala. -Repetí una vez más, poniendo sus manos alrededor del aparato. -La gente aquí necesita su ayuda.

-¿Mi... Mi ayuda?

-Sí, usted es el único que puede proporcionársela. Tiene que hacer sonreír a la gente, como ha hecho conmigo, y fotografiar cada sonrisa que ellos le regalen. Estoy segura de que a usted se le da muy bien hacer sonreír a la gente. Le prometo que cada día iré a visitarle. Así podremos ver a cuánta gente hace feliz cada día. -Hablé despacio, y le ofrecí una amplia sonrisa. Esto pareció, finalmente convencer al señor Oskar, quién accedió a llevarse la cámara y a retratar, día tras día las sonrisas que la gente le regalaba a cambio de sus esperanzadores y sabios consejos. "Tiene unos hijos maravillosos, señora. Estoy seguro de que le traerán hermosos nietos." "Siempre vemos el mismo lado de la Luna, pequeña. ¿Quién sabe lo que habrá al otro? Alguien tiene que averiguarlo, ¿no crees?" "Mucha gente no se da cuenta, pero somos un minúsculo punto en este mundo, como lo es una gota de agua en una nube. Y, a veces, lo mejor es salir de ella y observar todo desde fuera. Las cosas se ven muy distintas al cambiar de perspectiva, joven." Les decía. Y siempre, siempre, consiguió que sonrieran. A muchos otros les contaba su historia, y les aseguraba que con perseverancia en su lucha, todos vencerían. ¿Sabéis por qué esas gentes; de vida miserable, que lo habían perdido todo durante los tiempos difíciles, y que tanto habían sufrido,



*El mendigo de sonrisas (relato corto)*

sonreían ahora? Porque mi buen amigo Oskar, les había hecho ver que no estaban solos en su desgracia, y que aún había una manera de salir adelante. Y esa manera de mantenerse vivos era conservar la ilusión. Acudí a aquella esquina un día tras otro, para que el señor Oskar me relatara sus encuentros con la gente. Me emocionaba escuchar cómo habían reaccionado esas personas, que después de tantos años de guerra y desdicha, habían vuelto a sonreír. Y a aquel pobre hombre, se le veía más feliz que nunca, lo que hacía que yo también lo fuese. Le aseguré que, al final del próximo mes, revelaría las fotos del carrete, y así podríamos contemplarlas juntos.

\* \* \*

*Móstar, 27 Enero 1996*

Me levanté, nerviosa y emocionada. Hoy había decidido ir a revelar las fotografías que hubiese tomado Oskar desde que le regalé la cámara. Me apresuré calle abajo, deseando encontrar algo muy distinto a lo que allí ví. Cuando llegué al puente, ví cómo un humo negro avanzaba sobre mi cabeza, procedente de un edificio en llamas al otro lado. Justo donde mi buen amigo solía pasar sus días. Corrí tan rápido como mis temblorosas piernas me permitieron hasta llegar allí. El horror y el miedo se apoderaron de mi, temiendo lo inevitable. No pude reprimir un grito de angustia al ver una hilera de cuerpos tendidos en el suelo, con la piel y las ropas renegridas por el fuego. Busqué a mi viejo amigo, suplicando con todas mis fuerzas no encontrarlo entre las figuras moribundas que yacían por los suelos. Paseé entre los cuerpos y allí lo encontré, víctima del fuego. Me derrumbé a su lado de rodillas, y pude observar que tenía graves quemaduras en el rostro, el pecho y las manos. Ni tan siquiera las lágrimas lograban brotar de mis horrorizados ojos.

-¡Oskar! -Un grito desgarrador surgió de lo más profundo de mi pecho. -¡Oskar, por favor míreme! -Sus ojos intentaron abrirse, pero el punzante dolor de las heridas no lo hicieron fácil.

-Anastasia... -Mustió al fin, con su seca voz. -Oh... Mi querida Anastasia, sabía que vendrías. Ten, esto te pertenece. -Dijo, no sin esfuerzo, ofreciéndome el carrete de la cámara. -Lo siento, es lo único que logré salvar.

Las llamas lo habían arrasado todo. Habían sido fruto, supe después, de una bomba colocada en el portal número treinta y tres de esa misma calle. Tras la

*El mendigo de sonrisas (relato corto)*

guerra, habían aparecido grupos de terroristas radicales disconformes con la división de Móstar y querían extender el dominio de las fuerzas croatas que se habían apoderado ya de la parte oriental de la ciudad. La República Croata había sido acusada de los crímenes de la guerra, violación de los derechos humanos y de la destrucción de ese mismo puente. Desde el día en que se dictó la sentencia, se habían producido varios ataques a la ciudad provenientes de esta nueva república. Con la explosión, habían intentado destruir de nuevo el puente, como muestra de su desaprobación. Pero en cambio, esa noche le tocó al portal número treinta y tres, y a mi buen amigo Oskar.

-Lo guardaré hasta que te pongas bien. -Susurré, entre sollozos. Pero me dio un vuelco el corazón cuando lo ví negar con la cabeza.

-No, mi pequeña. Yo no volveré, debes quedártelo.

-¡No! Te pondrás bien, te lo prometo... Te pondrás bien. -Quería parecer fuerte, pero su seguridad hizo que me derrumbara, y no pude retener mis lágrimas. Miré dentro de sus ojos sinceros, y ellos me dijeron la terrible verdad que no quería oír. Supongo que como todo el mundo en estos casos, me negué a aceptarlo, y la rabia e impotencia ahogaron mi corazón.

-Me has hecho ser feliz, sin ofrecerme nada más que una sonrisa. Tan solo prométeme una cosa...-Tomó aire y prosiguió.- Prométeme que no perderás jamás la ilusión, y que le recordarás a todo el mundo, por mí, que ellos tampoco deben hacerlo. Y recuerda también que no siempre vemos la luz al final del túnel, pero si seguimos caminando, llegaremos a un sitio mejor. -Me miró con dulzura una vez más, antes de que las últimas palabras resbalaran por sus labios. -Gracias por todo, mi querida Anastasia.

-Lo prometo... Lo prometo...-No pude evitar que las lágrimas manaran de mis ojos desconsoladamente, y rodaran por mis mejillas, hasta caer con fuerza sobre el cuerpo sin vida de aquel pobre hombre. Recuerdo el sonido lejano de las ambulancias, los gritos, y la nieve helada derritiéndose bajo mis rodillas. Observé su rostro, surcado por profundas arrugas cenicientas, sus ojos entornados y llorosos... Y sobre sus labios, una sonrisa desdibujada. Como una tormenta cae sobre una flor, la muerte me había arrebatado injustamente a aquel hombre, pero sin conseguir arrebatarme su sonrisa.

\* \* \*

*El mendigo de sonrisas (relato corto)*

Sin duda, conservo aquellas fotografías y cada noche las observo, aún ahora sin apenas fuerzas, recordando a ese buen hombre, cuyo destino le había deparado el peor de los caminos en vida, pero el mejor de ellos en mi recuerdo. Supongo que esto será lo último que te escriba, pues mi pulso es tembloroso y se me agotan ya las fuerzas. Querido Oskar, la enfermedad se ha apoderado de mí.

Te recordaré como un padre, un amigo; aquel hombre que la guerra me arrebató injustamente sin dejarme apenas tiempo de agradecerle todo lo que hizo por mí. Y como te prometí, he viajado demostrándole a todo el mundo lo que realmente importa. Más gente conoce hoy tu historia, y sabe por lo que realmente merece la pena luchar. Será esta pues mi última gota de tinta para ese hombre que recordaré siempre por su valentía y fortaleza y cuya sonrisa ha sido, durante once largos años, la mía. Ese hombre que, sin tener absolutamente nada; me lo dio todo, y que, sin saber nada de mí; me enseñó a vivir.

Posdata: Adjunto las fotografías de toda aquella gente a la que, al igual que a mí, hiciste feliz.

*La India, 6 Septiembre 2007*

A mi buen amigo Oskar,

Anastasia